

que había iniciado con la llegada de Gufo a su montaña. Esa noche en silencio rodeado de toda la gente que quería y lo querían terminó su viaje. A partir de entonces Luca los visitaría a todos en sueño, podía inventar un mundo distinto de todos los colores y podía ver a mamá, a papá, a Mateo, a Pablo, a Ximena a Gufo y a todos los demás donde y cuando quisiera, definitivamente ser mago era una cosa genial.

Luca le dejó escrita una carta a su pequeño hermano Mateo que le sirvió de gran consuelo en la que le daba consejos de hermano mayor y le enseñaba una sencilla filosofía de la vida que merece la pena destacar: Tener siempre los ojos abiertos para lo ver lo bueno de la vida, disfrutar de las cosas buenas, compartir con los amigos, recordar los momentos alegres. Tras leer la carta de Luca a su hermano, los padres y Mateo se abrazaron muy fuerte, volaron al mundo de los sueños donde una vez más, como cada noche abrazaron a Lucas con un abrazo mágico de esos que curan y salvan, Era genial tener un mago en la familia y ese mago se llamaba Luca.

Estamos ante un libro lleno de ternura de consejos prácticos en una *primera parte* del mismo; en la *segunda parte* el autor nos invita a vivir con Luca una aventura maravillosa de cómo un niño en estado terminal juega desde su fantasía con un mundo mágico que le ayuda a vivir una difícil situación en la que la batalla de la vida se pierde, pero deja tras de sí una huella de bien y de luz digna de ser recogida como el mejor de los legados.

Es muy útil para las personas que se encuentren en esa situación de acompañar a un niño en la etapa final de su corta vida y cómo el amor y la presencia le ayudan a llevar la enfermedad de una manera más grata. Libro muy aconsejable para familiares, amigos, profesionales de la salud y toda persona que acompañe a un niño a morir: *La vida no podemos hacerla más larga, pero sí podemos hacerla más ancha*. Ese es el propósito y el mensaje de un libro que merece la pena leer.

ROSARIO PANIAGUA FERNÁNDEZ
Universidad Pontificia Comillas

E. RODENAS, *Thomas Merton, el hombre y su vida interior*. Madrid: Narcea, 2010. 195 pp.

La doctrina espiritual de Merton, escrita en el monasterio de Santa María de Getsemaní de Kentucky, siendo monje trapense, tiene una gran actualidad, fruto de una rica experiencia de vida. En su obra encontramos paradojas, su deseo de no ser nada en lucha con la egolatría, el deseo de cambiar el mundo, la llamada a la contemplación, la fe, la duda, el deseo creciente de soledad y la necesidad de vivir para los otros, la justicia social etc.

Merton está considerado uno de los grandes contemplativos del siglo xx, no tuvo raíces católicas, con una intensa vida y conocimiento del mundo que, tras un proceso de conversión, entro en la Trapa buscando el silencio y el apartamiento, pero allí comprendió que se puede estar en el monasterio y estar en comunión con la vida del mundo y desde allí escribió sobre los problemas político, sociales, dialogo inter religioso, etc. Supo, como pocos, proyectar desde la celda una mirada compasiva sobre

las personas, acontecimiento de una sociedad cada vez más necesitada de una vuelta a los verdaderos valores.

En los recuerdos de su Francia natal describe la torre del campanario de la ciudad de Saint Antonin desde donde veía como el capitel de la iglesia animaba a los hombres a elevarse a Dios y proclamar su gloria. Una iglesia que era el centro de la ciudad, esta imagen se le quedó muy grabada, sentía una gran necesidad de respirar el aire de los valles solitarios y escuchar el silencio. Más tarde en Inglaterra descubre al poeta Blake y en él comprendió que su rebelión era la de los santos, que no podían aceptar los convencionalismos y la falsedad. Para Blake la Iglesia católica enseñaba el amor de Dios, a través de su lectura aprendió mucho. Merton se bautizó en la iglesia católica, llevó durante mucho tiempo una vida de placer de la que más tarde se arrepiente y comienza una búsqueda de «algo distinto».

En Roma quedó fascinado por el arte y empieza a descubrir la figura de Cristo leyendo el *Nuevo Testamento* la idea de ser monje iba creciendo en él. Pero fue en la Universidad de Columbia en Nueva York en donde se encontró consigo mismo y con Dios. Las amistades, las lecturas, algunos profesores le ayudaron mucho en el proceso en el que había entrado su vida. Conoció otras religiones, leyó las Confesiones de San Agustín y el Kempis y se fue orientando, no sin dificultades, hacia el catolicismo más tarde se plantea ser sacerdote. Emprende un itinerario de búsqueda y llegó en una Semana Santa al monasterio trapense de Kentucky, le impresionó el silencio, la soledad, la pobreza, los cantos conventuales pero dentro de él había muchas dudas sobre su sacerdocio y sobre el monacato, no acababa de decidirse, pero pidió pasar unos días en el monasterio como postulante.

Sus primeros tiempos en el monasterio le hicieron gustar «el dulce sabor de la libertad» (p. 34), empezó a ser feliz teniendo a Dios como maestro pero le empezó a preocupar la falta de silencio del monasterio y pidió un mayor aislamiento. Profesó, seguía teniendo una gran lucha por un mayor apartamiento, de otro lado le bullía la vocación de escritor pero en el fondo sólo quería lo que Dios quisiera. Empezó a dar clases de teología a los novicios le preocupaba que las clases le quitaran la soledad. Más tarde descubre que la soledad no indica estar en uno u otro lugar sino una *actitud de silencio interior y diálogo permanente con Dios*. En los trabajos en el bosque encontraba gran satisfacción y allí leía a los Padres del Desierto, una lectura que le llenaba de gran serenidad.

Más tarde descubre que tenía que abrirse a algo nuevo, amar a Dios en el mundo entero, en toda la sociedad. Se veía arrastrado con la misma fuerza a la soledad que a caminar con la gente, comprometido con la paz y tratando de vivir el Evangelio con todas sus consecuencias en una combinación entre la soledad y la misión. Pidió permiso a Juan XXIII para que le permitiera congregarse en el monasterio a intelectuales de todo el mundo de distintas confesiones religiosas y que pudieran retirarse a orar, construyó cerca del monasterio una casa de retiro Santa María del Monte Carmelo, se estaba preparando entonces el Concilio Vaticano II y la propuesta ecuménica de Merton no podía ser más oportuna. Terminó viviendo solo en la cabaña.

Su método de oración es muy sencillo, se trata de estar *centrado en la Presencia*, estando delante de Él, adorando, contemplando, *perdersé en el Invisible* (p. 50). A la ermita fueron llegando budistas, hindúes, profesores de zen, místico sufíes, artistas poetas y se le permitió salir fuera del monasterio a dar conferencias. Fue entrando en

la experiencia que de nada sirve el racionalismo si no va acompañado de la fe vital y que la única forma de vivir era en un mundo saturado de la presencia de Dios. Le costó tiempo que este razonamiento dejara de ser intelectual y llegara al corazón, entendió que no basta la *conversión del entendimiento sino la conversión del corazón*. El hombre entra dentro de su ser como si fuera un templo de libertad, ahí encuentra a Dios, la cumbre de la vida interior es la contemplación como perfección del conocimiento y el amor de Dios. Un hombre de oración clava la mirada en las cosas profundas de Dios.

Para Merton la humildad radica en ser la persona que somos delante de Dios, no es cuestión de apariencias, de opiniones el humilde toma del mundo lo que le ayuda a encontrar a Dios y prescinde de todo lo demás. El hombre espiritual es aquel que busca verdaderamente a Dios, la vida espiritual es vida no son ideas intelectuales, el hombre espiritual está vivo en cuerpo y alma como un todo en relación con Dios y con los demás.

Uno de los problemas del hombre es que no está unificado, vive dividido entre diversos pensamientos, deseos, el hombre dividido nunca será contemplativo pues su mirada interior narcisista le llevará a una experiencia de sí mismo no a una experiencia de Dios. *El yo interior* sólo aparece cuando el hombre se encuentra en calma y en silencio, vive la libertad interior aunque exteriormente tenga ruidos. *El yo exterior* vive frenéticamente, trata de evitar enfrentarse a las verdades de la vida, entra en el escapismo, la novedad permanente, la variedad, la búsqueda de nuevas satisfacciones que no sacian, en esa situación el hombre está alienado, sin libertad pues está sujeto a múltiples necesidades superficiales.

El cristiano no está solo con Dios sino que es uno con todos los cristianos en Cristo. Si no hay unificación interior no se puede hablar de la unidad de los cristianos y la unidad de todos los hombres, la unidad no consiste en refutar lo genuino de cada confesión sino en afirmar la verdad que hay en ellas, así como en los musulmanes, los hindúes, los budistas...

Merton escribió mucho de temas espirituales pero también escribía temas políticos contra la guerra no hay ninguna razón que la justifique, como cristiano no se podía quedar impasible ante las atrocidades de la guerra, se impone la lucha por su abolición pues mientras exista el mundo continuará en un estado de locura y deseporación. Estaba convencido que había que predicar la paz, practicar la no violencia, y usar la oración como arma efectiva contra la guerra y contra toda suerte de enfrentamientos humanos. Escribir sobre estos temas le costó problemas con la Orden, que no lo veía oportuno, pero Merton se negaba a aceptar que un monje sólo se dedique a rezar sin pronunciarse ante las injusticias y la violencia en una sociedad.

La *contemplación* es la unión de la mente y la voluntad con Dios en un acto de amor que permite entrar en contacto con Él, es una certeza más allá de la razón y de la fe se conoce sin ver y va más allá de todo saber. Es morir para vivir, abandono de todo lo que se posee para entrar en una vida más elevada. El contemplativo conoce a Dios, como si hubiese sido tocado por él, es tomar conciencia del ser infinito, una llamada de Aquel que no tiene voz porque habla en todo lo que existe y en la hondura de nuestro ser. El contemplativo no se aísla del mundo, sino que se libera de su yo externo por la pureza del corazón, cuanto más solo esté con Dios más unido está

a todos. Sólo se llega a la unión con Dios mediante el vacío de todo apego exterior guardando silencio interior para escuchar a Dios dentro.

Hasta aquí el recorrido por el *hombre y su obra* como dice el título del libro, un hombre con una vida apasionante, un buscador que encontró tras muchos senderos el camino de la contemplación comprometida o el compromiso contemplativo con un mundo que le interpelaba, y al que él supo darle respuesta desde su compromiso con la paz, el ecumenismo y las enseñanzas de oración contemplativa a cristianos y no cristianos en su recorrido por una existencia muy llena de matices. Una figura y un pensamiento dignos de ser conocidos a través de esta obra.

ROSARIO PANIAGUA FERNÁNDEZ
Universidad Pontificia Comillas

D. CANCELIANI y M. A. VITO (ed.), *Simone Weil. La amistad pura*. Madrid: Narcea, 2010. 126 pp.

«La amistad es para mí un beneficio incomparable, sin medida, una fuente de vida, no metafórica, sino literalmente.»
(SIMONE WEIL)

Los años que Simone Weil pasó en Marsella, durante la ocupación alemana de Francia, podrían definirse como la *estación de la amistad*. Cancelliani y Vito, a partir del ambiente histórico y cultural de Marsella, abordan las experiencias de amistad vividas por Simone Weil reflejada en el rico conjunto epistolar de estos años. El tiempo de Marsella fue un tiempo de estudio y dedicación a la escritura, una ocasión fecunda de empeño en la resistencia al nazismo y sobre todo de encuentros humanos que le ofrecieron la oportunidad de encarnar en la cotidianidad la idea de una amistad expresada en un amor puro y desinteresado.

Weil no se arredró nunca ante la verdad, convencida que la libertad de la mente es un bien subjetivo irrenunciable. Asimismo propugnaba que la belleza y la amistad son dos formas del amor implícito de Dios que llega a nosotros a través de la realidad de los sentidos. La experiencia mística, le había hecho comprender que la única forma posible de amor unitivo es con Dios.

El presente libro está articulado en tres partes, la *primera* trata sobre las grandes amistades que dieron una luz particular a su vida durante el tiempo que estuvo en Marsella: Perrin, Thibon, Bousquet, Atarés. Estos grandes encuentros le permitieron encarnar cotidianamente la idea de la amistad. La *segunda* parte recoge las cartas escritas a Antonio Atarés, campesino español anarquista, internado en un campo de prisioneros, en la correspondencia posterior con él le hace una invitación a contemplar la belleza de la naturaleza como signo de libertad, pese a la situación de prisionero. La *tercera* ofrece al lector el extraordinario texto sobre la amistad, que Simone Weil hizo llegar al Padre Perrin antes de dejar para siempre Francia.